

El estigma de su hazaña
Cargue el virrey indiscreto;
No España..... ¡a ella respeto,
Por que es gran nación España!

Saber al género humano
Hago mi perdón estoico,
Que es tan noble como heroico
Este pueblo mexicano.

Id contad á la gente,
si os lo dicta el corazón,
Que estas represalias son
Las que toma un insurgente.

Mi voz en la historia vibre
Para más altas conquistas.

¡Soldados á los realistas
Dejadles el paso libre!

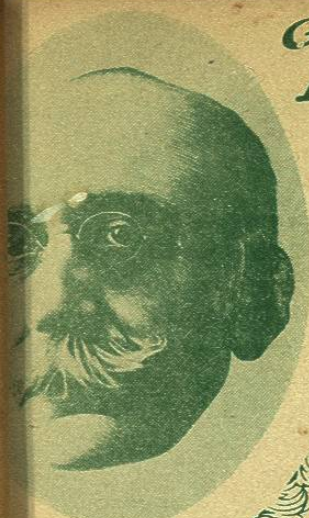
Mi alma triste y altiva
Paga con el bien el mal. (Un soldado)
Viva nuestro general

¡Viva! ¡viva! ¡viva! ¡viva!
(El jefe de los prisioneros). Avanzando
y dirigiéndose á Bravo.

Es vuestra nuestra existencia,
¡Todos con vos no quedamos,
Y vuestra causa abrazamos!

(Los prisioneros)
Que viva la independencía!
(El general)

Al fin el pecho angustiado
Recibe dulce consuelo....
Oyó mis votos el cielo,
Padre mío, estas vengado!
CAE EL TELON



La Novela Corta

Publicación
Mensual Literaria



-- El --
Billete de Lotería

¡PIA!!

Editor:
a Guadalupeana

Números 10
OCTUBRE

AS,
ES.
desarro-
hombre
todo en
RGOT.
na, triun-
IMON.

MÉXICO.
IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

Librería Guadalupana

Teléfonos:

1-34-31 Ericsson. 63-97 Negro. Mex.

La Casa que vende más barato.

Compre usted una vez y comprará después.
Literatura, Novelas (innumerables títulos),
Teología, Derecho, Ciencias, Artes e Industrias.
Colecciones completas en Rústica y Lujoso:
Apostolado, Emporium, Internacional,
Co'oma, Van Trich, Princesa, Rosa, Aventura,
etcétera.

Constantemente recibimos novedades de
más de cuarenta casas editoras extranjeras.
Ponceles número 92, (una cuadra atrás de
Catedral). México, D. F.

Tenemos pocos gastos por eso vendemos
muy barato.

"EL TEPEYAC"

Revista Mensual Guadalupana

Editor: LIBRERÍA GUADALUPANA

SECCIONES: Editorial Apologética, Sociológica, Literaria,
Oratoria, Bibliográfica, Informativa.
Artículos breves, vibrantes, oportunos populares.

La más barata de la República

Al año \$1.50 Núm. suelto \$0 20

"Como Maté a mi Hijo"

La Gran Novela del Célebre Sacerdote

Pierre L'Hermite

Dolorosa, Hermosísima, Incomparable.
Vocación errada, rectificación al fin.

Tomo de 240 páginas \$1.50

Se Vende Únicamente en

La Librería Guadalupana

Donceles 92. — México, D. F.

"SOLEDAD"

Por J. Cantú Corro

La novela del día, popular, sugestiva, inocente,
Léala y será su propagandista. La han elogiado
todas las Revistas y Periódicos del País
y algunos del Extranjero.

Por agotarse la cuarta edición. El mejor regalo.

Tomo con tricomía, 184 páginas, buen papel.
Rústica \$1.10, Cartoné \$1.40, Tela \$1.75
Seda \$2.00

"Librería Guadalupana"

Donceles 92 México, D. F.

31391

MÉXICO.

IMPRENTA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

AUTORES ESCOGIDOS

Fru Jenny. — Carlos Ma. Ocantos	\$ 0.80
El Sr. de Camors. - O. Feuillet . . .	„ 0.80
La Farándula.— J. Sand	„ 0.80
El Tempranillo, 2 tomos.—Muñoz Escamez	„ 1.60
Historia de Sibila. - O. Feuillet . . .	„ 1.20
Meta Holdenis. — Cherbuliez	„ 0.80
La Vocación del Conde Ghislain. Cherbuliez	„ 0.80

AUTORES CONTEMPORANEOS

El País Natal. — E. Bordeaux . . .	\$ 0.95
El Amor que huye.—E. Bordeaux . . .	„ 0.95
La Duquesa Azul.-P. Bourget	„ 0.95
Frateretto. — Ortega Munilla	„ 0.95
El Lago Negro.-E. Bordeaux	„ 0.95
El Camino sin retorno.—E. Bordeaux	„ 0.95

ARTISTICA

LOS GRANDES MUSICOS

Schuman	Berliot
Mozart	Meyerbeer
Chopin	Mendelssohn
Bretón	Haidoa
Rossini	Wagner
Beethoven	Massenet
Haindel	Verdi
Liszt	Bach
Schuber	Gluck

La Novela Corta

Publicación Mensual Literaria

Editor: LIBRERIA GUADALUPANA

Teléfonos: Ericsson 1-34-31 Mexicana 63-07 Negro

México, D. F., Octubre de 1927.

Registrado como artículo de segunda clase en la Oficina de Correos de México, el día 27 de Diciembre de 1926

El Billete de Lotería

I

Blas Carranza y Genoveva Villa hubieran formado un matrimonio a pedir de boca, a haber tenido a su disposición todo lo necesario para dar a ésta cuanto hubiese pedido; y lo preciso, además, para pagar al casero, a la lavandera, al sastre, al sombrerero, al zapatero, al confitero y a tantos otros dispensadores de cosas necesarias o útiles, de nombres de la misma terminación. Pero en el estado que guardaban, careciendo de los fondos indispensables para hacer esos gastos, no eran ni podían ser felices, aunque se quisiesen entrañablemente; porque las penas que causan el sentir el estómago vacío, o desnudas las carnes, o descalzos los pies, u oír

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo en
RGOR.
na, triun-
MON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

el airado coro de los acreedores, desde el boticario hasta el carnicero, que reclaman el pago de sus créditos, no son para tener los humores en aquel estado de ponderación y armonía que se necesita para la dicha.

No carecía Blas de aptitudes; pero no había podido desarrollarlas en parte por falta de recursos pecuniarios, y en parte por timidez y cortedad de carácter. Es cierto que no pocos millonarios, particularmente en los Estados Unidos, han comenzado por los oficios más humildes, como Cornelius Vanderbilt, de quien se cuenta que, cuando adolescente, fue barquero y llevaba granos a New York por el Hudson (lo que no le impidió con el tiempo y a fuerza de trabajo y perseverancia, llegar a ser uno de los primeros capitalistas del mundo); pero también es verdad que los luchadores animosos que por fin han triunfado, han tenido un ánimo abierto y emprendedor. Así lo prueba Smiles en su famoso libro "Self-Help;" y por cierto que los personajes que allí cita y menciona como ejemplo de enérgica iniciativa, en nada se parecían a Carranza, quien por corto y apocado, bien hubiera podido ahogarse en un vaso de agua o ser ahorcado con un cabello.

El caso es que a pesar de los conocimientos de Blas en ingeniería agrícola, de sus bien fundadas teorías sobre irrigación y cultivo de terrenos y de los sólidos principios que profesaba sobre crianza de todo género de ganado, así lanar como caballar, bovino y porcino; no acertaba a valerse de tan elevada sabiduría, que le hacía intrínsecamente acreedor a honra y provecho, para vencer los rigores de la suerte y las fierezas del hambre. El súbito desquiciamiento de la fortuna de su familia, habíale obligado a dejar inconclusos sus estudios, por lo que carecía de título que ofrecer al público como garantía de sus aptitudes profesionales. Pero no por eso había dejado de la mano las ciencias; antes con mayor ahinco que nunca había seguido devorando los libros, hasta aprenderlos de memoria, de pasta a pasta, o, como suele decirse, de cuero a cuero. Su afición a la agronomía y el deseo de practicarla, le habían inducido a cuidar algunos tiestos semirrotos, que regaba, abonaba y sembraba, haciendo en aquellos puñados de tierra todo género de experimentos con diversos guanos, semillas y preparaciones, y a diferentes grados de saturación acuosa; figurándose con el candor de un niño, que aquellas eran vastas

IAS,

ES.

desarro-
l hombre
todo en

EGOT.

na, triun-

AMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

haciendas que cultivaba, y que los resultados obtenidos en ellas, eran abundantes cosechas que iban dejando henchidos sus graneros y reventando sus bolsillos.

Cualquiera hubiera dicho que estaba loco.

Así se pasaba los días removiendo tierra, y con la regadera en la mano soñando con nivelaciones, desecaciones, desmontes, plantíos, presas y pasaderas, en tanto que su cara mitad se desvivía por darles de comer a él y Lucianito, su tierno heredero, con veinte centavos o cuando más veinticinco diarios, que el agrónomo solía coleccionar llevando las cuentas del tendero de al lado. Genoveva barría la accesoría con aquellas manos que parecían manojos de rosas, sacudía paredes y muebles, limpiaba y frotaba ladrillos y vidrios, lavaba la loza, hacía la comida, remendaba la ropa, sin darse mucha prisa, con método y asiento extremados; de suerte que, aunque no parecía que hiciese gran cosa, todo lo dejaba en su lugar y listo a la hora debida. Mientras ella se ocupaba en aquellas faenas, Lucianito trastavillando y con el paso tardo de los niños que comienzan a andar, procuraba descomponer cuanto ella iba arreglando: echaba a abajo las sillas, hacía pedazos y sembraba papeles

por el suelo, sacaba de la cesta las verduras, volcaba la olla del puchero, y llevaba a cabo otras mil diabluras y atrocidades. Con todo eso, no lograba enfadar a la madre: Genoveva se divertía lindamente en medio de aquella sandra, por más que gritase a toda hora:

—Lucianito! . . . ¡ahora lo verás! . . . ¡deja el candelero! . . . ¡cuidado con los periódicos! . . . ¡no metas la mano en el agua! . . . ¡niño, niño, es el betún de los zapatos! . . . ¡te has puesto como un diablito!

Blas asistía como ausente a aquellas escenas, siempre ensimismado con sus sueños agrícolas. Con todo, de tiempo en tiempo tenía momentos lúcidos y se quedaba absorto contemplando a Genoveva tan joven, tan hermosa, tan alegre . . . y tan infeliz. Y se dolía de ver sus faldas hechas guñapos, sus zapatos sin medias dejando ver por los agujeros y hendeduras, el cutis blanco y sonrosado de unos piesecitos tan pequeños y hermosos como los de un niño, y aquella abundante cabellera, que parecía diadema imperial, simplemente recogida en nudo ateniense sobre la cabeza y atada con cintas bastas y descoloridas, por falta de lazos de seda o

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo en

EGOT.

na, triun-

AMON.

de terciopelo que iba reclamando. Dolía-le también el corazón de ver que Lucianito no tenía más que trajes de géneros burdos, solía andar en piernas, y no se ponía zapatos sino para salir a la calle.

Carranza en aquellos momentos suspiraba muy hondamente, y reflexionaba con amargura que era centro y causa de aquellas miserias; pero, cuando iba a llorar o a desesperarse, se despeñaba de pronto e inconscientemente en sus acostumbrados idilios. Y miraba con ojos extáticos extensas praderas pobladas de rebaños; oía el bramido de los toros en las dehesas y el mugido de las vacas y de los becerros en los establos; y se quedaba suspeso contemplando el engañoso mirar de abundantes trigales, maizales corpulentos, bosques resonantes, canales de agua cristalina, molinos estridentes, carros cargados de hierbas de cereales y movimiento y trajín de bastas negociaciones campestres. Una vez en juego su desenfadada imaginación, no se paraba ya por ningún motivo. Seguía funcionando con la misma actividad con que arde la del naufrago cuando ve mástiles, velas, chimeneas de humo en los horizontes desiertos del mar, en tanto que se le agotan las fuerzas y siente que la maza cristalina de las olas les llega a

los labios, les llena la garganta y va hinchándole el pecho y arrancándole la vida.

II

En la misma casa de vecindad que habitaban Carranza, Genoveva y Lucianito, vivían en la vivienda contigua, D. Ignacio y Damiana, padre y hermana respectivamente de Genoveva, tanto como desolación, azote y calamidad del hogar de Carranza. El suegro era escribiente en el Ministerio de Comunicaciones y ganaba un sueldo mensual de sesenta duros, con lo cual bastaba y sobraba para que padre e hija gastasen una soberbia inaguantable, se creyesen individuos de familia dinástica y mirasen a Blas y los suyos, como a seres infelices y de estirpe inferior.

Don Ignacio era un viejo bilioso, de cutis cetrino, alto, anguloso, lampiño y de voz estentórea. Cuando él decía una cosa, ¡la hacía y tres más! cuando él levantaba la voz ¡nadie le alzaba gallo! y cuando él daba una orden, ¡cartucheras al cañón cupieran o no cupieran!

Damiana era una parlanchina inaguantable, reñía con los vecinos por la causa más leve, tenía quejas contra todo mundo, y le decía claridades al lucero del alba. Al matrimonio de su hermana le tenía parti

IAS,

ES.

desarro-
el hombre
todo en

RGOT.

na, trium-

IMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

cular inquina: comenzaba y no acababa hablando de la miseria en que se ahogaba ese hogar, de la pereza de Blas, de la falta de carácter de Genoveva a quien solía llamar "la esclava," y de lo feo que era, y roto o figuroso que andaba Lueianito. Malas lenguas decían que la vieja solterona, más pecosa y amarilla que un huevo de pavo, estaba despechada por no haber podido casarse, y que podía tenerse por cierto, que para salir de la humillación de su doncellez, sería capaz de contraer matrimonio con el hombre que pedía limosna en la puerta de la catedral. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el hogar de su hermana era el centro de los pensamientos, de las reflexiones, del desprecio y de las invectivas de la solterona; sin que la consideración del parentesco la humanizara, ni le tocara el corazón, la suma pobreza de aquellos míseros seres.

La mañana en que se abre esta verídica historia, era una hermosísima del principio de septiembre. Había llovido la noche anterior; pero se había despejado el cielo a la madrugada y ostentaba ese azul profundo propio de la estación de las lluvias. El sol abrillantaba las gotitas de agua que se mantenían adheridas a los cristales de las ventanas; y el calor que irra-

diaba de los cielos, hacía subir de las bardas remojadas por la lluvia, vahos azulados apenas perceptibles. De todas las jaulas que adornaban los pasadizos de las acesorias, se escapaban cantos de pájaros, y las muchachas pobres de la vivienda, llenas de bienestar y de contento cantaban trozos de las zarzuelas al uso, ya amorosas, ya picarezcas, ya tristes según el temperamento de que se sentían poseídas. Era tan radiosa la mañana, que parecía propia a vencer prolongados marasmos, a sacudir inveteradas tristezas, y a hacer aceptables luchas largo tiempo esquivadas. Las niñas casaderas esperaban hacer aquel día alguna brillante conquista; y los mancebos ardientes soñaban con huríes de ojos negros y buena dote — porque los galanes de hoy día suelen andar afiliados en la escuela positivista.

D. Ignacio, aunque hombre de edad proveya y duros espolones, sentía también la influencia de aquella luz y de aquella frescura atmosféricas; sin que sea posible explicar de qué medios se habían valido el cefirillo blando y suave y el rayo rubio de sol para mejorar y ablandar aquellos miembros anquisolados, aquellos vasos artríticos y aquellos tendones debilitados y laxos. El caso era que el viejo se sentía

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo. en

RGOT.

na, triun-

EMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

bien, y que gritaba con voz más fuerte que nunca, juraba de un modo terrible y hacía con cada puñetazo bailar la zarabanda por largo tiempo a los trastos que alhajaban en la mesa.

Recrudescencia de nerviosidad, de maledicencia y de hiel había producido también el buen tiempo en el temperamento de Damiana, quien sentía en aquellas horas benditas, más suelta la lengua, más fácil la inventiva y más chispeante la sátira. Es el eterno sistema de la naturaleza; la compensación en todo y por todo, desde el gusano en el botón de la rosa hasta la víbora de cascabel en los bosques de los trópicos. La exuberancia de la vida cría la miel en la grieta de las rocas y la ponzoña en la boca de los reptiles.

D. Ignacio y Damiana acababan de almorzar y charlaban estrepitosamente de sobremesa. La voz de ésta, bajita e incesante, parecía la de una fina rubia inagotable, mientras que la ronca e intermitente de aquel, semejaba a la de uno u otro rayo desprendido de las nubes.

—Padre, decía Damiana, es ya insopportable esta situación. Me da vergüenza vivir al lado de esas gentes (sus deudos) tan dejadas de la mano de Dios y tan buenas para nada. Al ver al muchacho tan des-

garrado y a ella tan “pegada” al trabajo, van a suponerse las gentes que nosotros somos como ellos; que yo soy tu criada y que tú eres uno de los siete durmientes, una marmota que no sale nunca de su letargo.

—Al primero que lo diga, le parto el alma, rugió el viejo escribiente.

—No creas que te lo digan. Bien se guardarán de eso, porque saben que tienes dignidad y no permites que nadie te falte; pero lo pensarán para sus adentros y se lo comunicarán entre sí a la sordina. A mí nadie me quita de la cabeza que los vecinos nos ven poco más o menos, que nos siguen con los ojos cuando pasamos, y que se dan al codo en nuestra presencia.

—¿Quiénes son ellos? vociferó D. Ignacio más colérico que de costumbre. ¡Dime quiénes son!

—Todo el mundo, padre, no se exalte; no es posible que Ud. le calle la boca a todo el mundo. Y se me figura también que nos han de criticar a Ud. y a mí porque no mantenemos de todo a todo a esos gorrones. Han de decir que somos egoístas, indolentes y perversos. ¡Como si tuviéramos la obligación de quedarnos en cueros para cubrir las desnudeces ajenas, o fue-

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906